

## El ascenso del Asia y las respuestas de Occidente

Dos aportes recientes desde las perspectivas  
asiática y occidental

- Kishore Mahbubani, *The New Asian Hemisphere. The irresistible shift of global power to the East*, Nueva York, Public Affairs, 2008, 314 pp.
- John Ikenberry, «The rise of China and the future of the West», *Foreign Affairs*, vol. 87, N°1

La emergencia del Asia –y de China y la India entre otras naciones– en lo económico y en el comercio internacional, caracteriza el mundo actual y coexiste con el poder militar y nuclear –y también político– de los Estados Unidos. Las voces optimistas de la post Guerra Fría sobre el fin de la historia sustentadas en el predominio de la democracia representativa y la economía de mercado se han diluido. En la globalización, diversos polos de poder impulsan y compiten en el comercio internacional. El «11 de septiembre» complicó el mundo de la post guerra fría con la amenaza terrorista, como también lo hizo la desafortunada intervención norteamericana en Irak.

En este artículo, nos abocaremos a dos visiones sobre el ascenso del Asia en este contexto global, la de Kishore Mahbubani, destacado diplomático y cientista político de la Universidad Nacional de Singapur, con formación norteamericana, en su ensayo «The New Asian Hemisphere. The irresistible shift of global power to the East» y la de un artículo del académico de Princeton, John Ikenberry, «The rise

of China and the future of the West», publicado en el último número de la influyente revista *Foreign Affairs*, que tiene a China como tema central. Estos aportes son prácticamente simultáneos –vieron la luz a comienzos del año 2008–, no están relacionados directamente entre sí, pero sí nos ofrecen elementos importantes para visualizar la relación Asia- Occidente, una de las claves en el mundo global actual.

## ¿UN SISTEMA INTERNACIONAL «PELIGROSO»? LA EMERGENCIA DE ASIA

Diversos líderes e intelectuales occidentales en Estados Unidos y en la Unión Europea se refieren al sistema internacional actual como «peligroso».

Kishore Mahbubani enfoca la situación en profundidad desde la perspectiva asiática, en su libro sobre, «El Nuevo Hemisferio Asiático...». Se trata de una visión a la que estamos poco habituados, desarrollada sin dogmatismos, razonadamente, pero con convencimiento y fuerza en la argumentación que es, a la vez, fundamentada y comprometida.

Nos advierte el autor que «el peligro» del que hablan los líderes occidentales esconde el temor por la pérdida de la hegemonía que ha mantenido occidente en el comercio mundial por más de 200 años. Su tesis es que no debe temerse el ascenso de Asia y de nuevas potencias como China –una realidad presente– e India, una estrella emergente. Por lo demás, aclara en el comienzo «que pocas sociedades asiáticas quieren desestabilizar hoy un sistema que las ha apoyado» (Mahbubani, 2008: p. 2).

Diversas posiciones y tesis se entretajan para darnos esa mirada que el cientista político describe como optimista, en el sentido de que la emergencia asiática no debería significar un retroceso para el desarrollo y el orden mundial; por el contrario, un cambio hacia el oriente debería asumirse al igual que otros giros que se han sucedido a lo largo de la historia.

Con todo, no entrega Mahbubani una posición cerrada. Reconoce los valores de la cultura y la civilización occidentales y su fuerza –la legitimidad democrática, el avance de las ciencias, los derechos humanos y el dominio occidental de la

economía global– 62% del PIB mundial con el 13.4% de la población, 73.8 % de las 500 empresas multinacionales más grandes. En este punto, nuestro autor analiza y problematiza sobre cuánto de absorción y de adaptación a esos principios y cuánto de posición y sello cultural propio debe estar detrás de este surgimiento –o resurgimiento– del Asia, aclarándose que el epítome de la adaptación es Japón, que ha asumido conscientemente la occidentalización como estrategia, lo que es retribuido con la pertenencia a esquemas exclusivos como el G-7.

Enfoca también lo que en su opinión es un no reconocimiento por occidente de la magnitud de los cambios que están ocurriendo y ejemplifica con las organizaciones internacionales políticas (Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad) y del plano económico (FMI, Banco Mundial, OMC) –las que pondera en cuanto implicaron en su época una apertura comercial mucho mayor que la que existía– pero que han quedado congeladas en sus cuerpos directivos, reflejando una correlación de fuerzas que no es la que se manifiesta actualmente en el sistema internacional y en la globalización, con una participación de Europa, por ejemplo, que aparece sobrerrepresentada.

También se exponen en el libro posiciones sobre el libre comercio y su regulación que no son solo «asiáticas» sino propias de los países del mundo en desarrollo. Según esta postura crítica, Estados Unidos y «occidente», que diseñaron en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial el sistema de Bretton Woods y el GATT –que en 1994, en Marrakech, se transformó en OMC, al tiempo que se alcanzaban diversos acuerdos sobre regulación de comercio–, habrían revisado su posición en favor de la libertad de comercio debido a que el tablero se habría dado vuelta y los flujos de la producción y el comercio a escala internacional se habrían revertido en su contra, favoreciendo al Asia y a países como China.

En un contexto internacional de este tipo, Estados Unidos y la Unión Europea pierden el optimismo y, por ende, la motivación para seguir impulsando el libre comercio y recurren a diversas formas de proteccionismo, arancelarias y no arancelarias, lo que a su vez explica los sucesivos retrasos y fracasos de la Ronda de Doha en el marco de la OMC.

## LA VISIÓN ALTERNATIVA: LA INTEGRACIÓN DE NUEVOS ACTORES SEGÚN JOHN IKENBERRY

No hay duda también de que esta no es la única perspectiva para analizar la realidad internacional –política y comercial– actual.

En la edición de *Foreign Affairs*, de comienzos del 2008, centrada en el tema genérico de la «cambiante China», especialistas como John Thornton desde su cátedra en la Universidad Tsinghua, de Beijing («Long time coming») y John Ikenberry, de Princeton, con su artículo «The rise of China and the future of the West», dan una versión más matizada, que en parte coincide con la posición de Mahbubani, o algunas de sus alternativas.

Sin embargo, la visión de estos especialistas no es fatalista sobre el destino de Occidente, sino que más bien destaca «la notable capacidad» que posee «para acomodar potencias emergentes» (Ikenberry, 2008:31).

En este marco, Ikenberry desarrolla un pensamiento diferenciado respecto del Mahbubani: «el orden Occidental con un fuerte marco de reglas e instituciones está ya comenzando a facilitar la integración de China» (Ikenberry, 2008:31).

## LOS TRES ESCENARIOS DE MAHBUBANI Y LA MARCHA DE ASIA HACIA LA MODERNIDAD

Volviendo a nuestro tema central, frente a este complejo cuadro y variadas interpretaciones, Kishore Mahbubani identifica y analiza algunas variables y alternativas sobre el orden internacional y su transformación, particularmente en lo económico distinguiendo tres escenarios:

- La marcha de Asia a la modernidad.
- «El repliegue hacia las fortificaciones» (*The retreat into fortresses*) por parte de las economías occidentales que se protegen.
- El triunfalismo occidental.

*Primer escenario.* Para Mahbubani, en su momento el ascenso de Occidente transformó el mundo. El ascenso del Asia traerá aparejada una transformación igualmente significativa. En este escenario, la «marcha a la modernidad» de Asia será un evento de la más alta importancia histórica». Si tiene éxito, asegurará un mundo mucho más pacífico, estable y próspero» (Mahbubani, 2008:14).

La modernidad, en esta acepción, se define a partir del «universo físico y ético de las sociedades occidentales» (Mahbubani, 2008: p. 2). Mira a la difusión en Asia –y el mundo en desarrollo más carenciado en general– del acceso a los bienes y a un nivel de vida digno propios de los sectores medios en el mundo contemporáneo de Occidente. Así, el autor destaca que en los sectores rurales de la India, 700 millones de campesinos y aldeanos ahora representan la mayor proporción del consumo del país, en tanto que reconoce que 390 millones de indios aún viven con un dólar diario o menos (Mahbubani 2008: pp. 16 y 17). Los avances no son solo materiales sino –para el autor– significan también más participación y el empoderamiento de cientos de millones de personas que antes se sentían marginadas e impotentes.

Sin embargo, Mahbubani no puede dejar de hacerse cargo de las críticas que se hacen a China por su régimen político cerrado. Para el autor (Mahbubani 2008:18) «cuando muchos observadores occidentales miran a China no pueden ver más allá de la falta de un sistema político democrático» y no captan «la masiva democratización del espíritu humano que está teniendo lugar».

Posiblemente sea así, pero sin duda que es un punto debatible. El propio autor reconoce más adelante que el Partido Comunista Chino habría pasado «el punto de no retorno» y está luchando y enfrentando la nueva realidad y que hay una apertura de las mentes y de la cultura que es imparable (Mahbubani 2008: p. 146).

Mahbubani destaca que la modernidad y la marcha en pos de ella «conduce de un modo casi inevitable a una mayor adhesión a las normas del Derecho», a «un orden basado en normas». En el caso específico de China, afirma que el gobierno chino se da cuenta de que ninguna economía moderna funciona sin un efectivo imperio del Derecho, en temas tales como el derecho de propiedad.

Parte integral de la marcha es la aplicación en el Asia de la economía de libre mercado. Se ha transformado en «pilar» de desarrollo, como lo fue de Occidente hace 150 años. El caso chino es sintomático para el autor, por la doble experiencia –a partir de las modernizaciones de Deng Xiaoping– de las economías de mercado y centralmente planificadas. Compara el avance de Singapur –uno de los 4 tigres asiáticos– que creció a un promedio de 8.6% anual entre 1965 -1995, desde un PIB de mil millones de dólares a 86 mil millones; con el de Schenzhen, la primera de las zonas económicas especiales de China que en 1979 era «una pequeña aldea de pescadores» (Mahbubani, 2008, p.54) y creció en población de 30 mil habitantes a 11 millones y su economía a razón del 28% anual entre 1980 y 2004, alcanzando sus exportaciones al 13% del total de China. Insiste Mahbubani en que esto ha ido aparejado, en un pueblo «industrioso «como el chino, a una «transformación del espíritu humano» en que el ingreso promedio por hogar incrementó de 467 dólares anuales a 4.300, mientras los jóvenes chinos pasaban de trabajar en el campo a hacerlo en industrias multinacionales y ello «explica por qué no hay movimiento antiglobalización en China» (Mahbubani, 2008: p. 56). En 2006, la mitad del decil más pobre del mundo estaba en Asia y según proyecciones del Banco Mundial, en 2030 solo un 20% de la población del continente permanecerá en ese decil. Junto a esto Mahbubani cita un estudio de Goldman Sachs que sostiene que para 2050, tres de las cuatro economías más grandes del mundo serán asiáticas, en este orden: China, Estados Unidos, India y Japón (p. 52).

Otra dimensión de esta marcha es el grado «asombroso» con que han llegado a dominar los asiáticos la investigación en ciencia y tecnología. China le asignó el 1.3% del PIB en 2005 (contra un 0.6% en 1995) y Corea incrementó el financiamiento en este campo de 9.8 mil millones de dólares en 1994 a 19.4 mil millones en 2004. Este proceso no es espontáneo y así el autor destaca que en el caso de la India, el entonces Primer Ministro Nehru fundó ya en 1951 el primer Instituto Tecnológico, cerca de Calcuta.

La «marcha a la modernidad» es el escenario preeminente y va a conducir –según el académico de Singapur– a un uni-

verso más ético y pacífico por diversas vías y, entre ellas, por la superación o alivio de las condiciones de pobreza, lo que a su vez permite el mejoramiento de la educación, la salud y otros campos.

*Segundo escenario.* Ante este escenario, Occidente tendría dos alternativas: acoger la tendencia modernizadora y trabajar junto al Asia en «la apertura del orden mundial», o bien pasar al segundo escenario alternativo, el repliegue a sus propias fortificaciones en lo político y en lo económico.

A comienzos de 2008, Occidente parece transitar por ambas vías, siendo más fuerte la segunda. Un símbolo sería la declaración del Presidente Sarkozy de Francia, en junio del 2007: «la palabra ‘protección’ ya no es más un tabú». Para Mahbubani, después de que durante muchas décadas Occidente ponderó las virtudes del libre comercio a los países del Asia, «la verdad es que grandes partes de Occidente están perdiendo la fe en el comercio libre» (Mahbubani, 2008: p. 26).

Aunque siempre ha habido proteccionismo en los países capitalistas desarrollados, desde Bretton Woods en la década de 1940 se experimentó una progresiva liberalización, seguida de un espectacular aumento del comercio internacional, –las exportaciones se dispararon de 58 mil millones de dólares en 1948 a 9 billones en 2004– y una consolidación con la culminación de la Ronda Uruguay del GATT y la creación de la OMC en 1994. Esto significó que «Occidente se mantuvo leal a sus principios manteniendo el sistema comercial global abierto» (p. 27) y que el siglo XXI ha experimentado uno de los sistemas más abiertos que se han visto.

Sin embargo, y paralelamente, otros vientos soplan desde el fin de la Guerra Fría. Los países occidentales, principalmente Estados Unidos, tienen déficits comerciales con Asia (el de Estados Unidos con China se incrementó de 34 mil millones de dólares en 1994 a 202 mil millones en 2005); este y otros factores han creado las bases de un retroceso del libre comercio. Los gobiernos son sensibles a las tendencias políticas y el apoyo político al proteccionismo ha aumentado tanto en Europa como en Estados Unidos. «La Unión Europea ha comenzado a replegarse en una mentalidad de «fortaleza Europa» (Fortress Europe) causando «daño a los intereses

globales» (Mahbubani, pp. 29 y 34). Para nuestro autor, el gran peligro que enfrenta el mundo es que junto a esta tendencia europea crezca también el sentimiento proteccionista en Estados Unidos; «la gran amenaza al boom es que los Estados Unidos pierdan confianza en la ideología de libre mercado que permitió a la economía global despegar durante los años noventa. Todos los candidatos presidenciales demócratas están proponiendo políticas comerciales proteccionistas» (Mahbubani, p. 37).

Estas tendencias están llevando a la posibilidad de que, finalmente, la Ronda de Doha de la OMC fracase.

El temor que manifiesta Mahbubani es que estas tendencias del comercio se traspasen a la inversión externa y a aspectos políticos vinculados a la seguridad, citando como ejemplo el bloqueo del Gobierno norteamericano a la compra de la compañía petrolera UNOCAL por la petrolera estatal china, CNOOC (China Nacional Offshore Oil Corporation).

Por una parte, «el vínculo entre seguridad nacional e inversión extranjera ha sido largamente discutido en Estados Unidos» y por la otra, Europa frena los cambios en las instituciones que dan forma al orden global, en las que tienen muy alta participación ejerciendo «vetos» para resistir los cambios (Mahbubani, pp. 40 y 41).

Si esta «inflexibilidad» europea es replicada por Estados Unidos «el penoso escenario del repliegue bien pudiera ser realidad» (Mahbubani, p. 42).

*Tercer escenario.* Para nuestro autor, el tercer escenario es el de la occidentalización del mundo y el «triunfo final del Oeste». Este escenario fue el prenunciado al término de la Guerra Fría por las predicciones de Fukuyama sobre «El fin de la historia» y comentarios como el del entonces Secretario de Estado James Baker de una «nueva comunidad de democracias entre Vancouver y Vladivostok», dejando fuera a Japón que ya formaba parte de la OCDE y del G-7 y a la India, la democracia más populosa del mundo (Mahbubani, p. 42).

Esas visiones no se han realizado para el académico de la Universidad Nacional de Singapur porque el triunfo de Occidente sobre la Unión Soviética no se debería a su sistema político «sino a la economía de libre mercado» y a su juicio

habría prevalecido la visión de Deng Ziaoping que dio prioridad a la introducción en China de la economía de mercado sobre la de Gorbachov, que habría privilegiado la apertura democrática. Considera también que el triunfalismo de comienzos de los años noventa no se dio por la «creencia en que las diferencias culturales no importaban porque la sociedad democrática liberal de Occidente era aplicable a todas las sociedades» (Mahbubani, p. 48). La ceguera frente a las diferencias muestran generosidad (todos somos iguales) y arrogancia (falta de voluntad para aceptar que *otras* culturas son diferentes). En el momento de su triunfo Occidente no advirtió que viejas culturas adormecidas experimentaban una revitalización de las civilizaciones del confucianismo, hinduismo y del Islam, entre otras.

La aspiración del «triunfo eterno» ya no se realizó. Si la «marcha a la modernidad» finalmente tiene éxito, Occidente ya no estará solo como «responsable» de la comunidad internacional, estará unido a otros millones de «stakeholders» igualmente responsables y esto «puede hacer al mundo más estable y pacífico, aun para aquellos que viven en Occidente» (Mahbubani, p. 50).

Reconozcamos que es una visión novedosa para quienes nos sentimos occidentales.

## VISIONES SOBRE EL FUTURO PRÓXIMO Y EL ORDEN MUNDIAL

Algunos conceptos (*insights*) de Mahbubani sobre el futuro de las próximas décadas, desde la perspectiva asiática.

El crecimiento del Asia a largo plazo pasa por su adaptación de varios «pilares» de la cultura occidental, como por ejemplo –además del libre mercado y la ciencia y la tecnología– la meritocracia, la cultura de la paz, el ascenso pacífico, sobre el que habría consenso en China (Mahbubani, p. 81), el imperio del Derecho y la educación.

Los asiáticos han pasado a ser adictos a la educación haciéndola accesible a las masas. A la vez, han evidenciado una gran admiración por las universidades occidentales de las cuales los asiáticos «se han beneficiado enormemente». Así, India es la nación líder en estudiantes internacionales, con 76.503 estudiantes

en Estados Unidos en el año académico 2005-2006, seguida de China con 62.582, Corea del Sur con 58.847 y Japón, 38.712. Destaca Mahbubani que las «universidades occidentales son realmente únicas en el sentido de que no ven su misión como dirigida exclusivamente al Oeste». (Mahbubani, pp. 90 y 91). Por otra parte, se está revirtiendo el «brain drain» y un estudio de la Universidad de Chicago demostró que un 84% de los estudiantes indios planeaban volver a la India en el futuro próximo.

El autor agrega que mientras un gran número occidentales tiene buenas relaciones con la mayoría de los Estados asiáticos «están, sin embargo (lo que no es sorpresa) aporreados con el ascenso del Asia» (Mahbubani, p. 101).

En un análisis del sistema internacional actual, Mahbubani proporciona su propia percepción, que resulta interesante como base para el análisis:

- Las instituciones mundiales actuales como las Naciones Unidas y dentro de ella el Consejo de Seguridad, los esquemas de cooperación y los que regulan el sistema multilateral de comercio deben «deben evolucionar y cambiar para adaptarse a las nuevas realidades» (p. 235);

- Aunque parezca una paradoja, la reestructuración es a la vez difícil –porque no hay líderes naturales para hacer ese trabajo– y fácil, porque el sendero por recorrer es claro;

- El nuevo orden social y político requerirá aplicar principios occidentales –democracia, imperio del derecho y justicia social– y otros antiguos, como asociacionismo y pragmatismo.

- Efectivamente, hay solo cuatro candidatos reales para proveer de liderazgo global en el momento actual: Estados Unidos, la Unión Europea, China e India;

- Estados Unidos es, obviamente, el candidato más fuerte para proporcionar este liderazgo, como lo ha sido desde 1945. Pero Estados Unidos es un país muy diferente del de 1945 y su confianza en sí mismo es menor.

- Europa es también candidato y dominó por 200 años la historia mundial, «pero no ha sido capaz de extender su influencia benéfica más allá de su territorio» (p. 237);

- La historia enseña «que el liderazgo en cualquier época es provisto por los poderes emergentes». Así, Estados Unidos en su momento reemplazó al Reino Unido (p. 238).

- Por la misma lógica, China debería eventualmente asumir el manto del liderazgo global.

- Existe una sensación de pesimismo en partes de África, América Latina y el mundo islámico sobre sus perspectivas de desarrollo.

- China ha despertado «pero carece de una visión para el mundo». La mente china siempre se ha centrado en el desarrollo de su propia civilización. «China está dispuesta hoy a ser un actor (stockholder) responsable en el orden mundial, pero muestra poco interés en conducir la creación de un nuevo orden global» (p. 239). Además, sus líderes están conscientes de que necesitan varias décadas para eliminar la pobreza rural. Por otra parte, actualmente China estaría desarrollando una sociedad con mayor robustez, en el sentido de auto-confianza, que la de cualquier otra potencia mayor. (p. 238).

- A diferencia del liderazgo chino, el de la India es más cosmopolita. «La elite india que participa en las reuniones anuales de Davos se siente como en casa». Según Mahbubani, en un momento en que en Occidente están convencidos de que no pueden coexistir en paz con el mundo islámico, «el ejemplo de la India –aunque imperfecto– es mejor que cualquier otro». «Con la creciente distancia cultural entre Occidente y Oriente, la India podría, una vez más, reasumir su rol natural como punto de encuentro de las grandes civilizaciones» (p. 239).

- Japón emergió con la aspiración consciente de unirse a Occidente; China no tiene esa aspiración y la futura dirección de la India no se fija aún (p. 165).

- Un instrumento muy utilizado en las últimas décadas, los tratados de libre comercio (TLC) interesan a Mahbubani, quien les asigna un rol más allá de lo comercial. «En la práctica, representan un cálculo estratégico de que dos partes tienen intereses de largo plazo en forjar una sociedad más estrecha, o bien que una parte tiene interés en fortalecer a la otra». En este contexto, para el académico de Singapur, el mismo cálculo frío geopolítico que condujo a Estados Unidos a ofrecer un TLC a México, guió a China para ofrecer un TLC a la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia (ASEAN) (p. 231).

- También nuestro autor deja planteado el complejo tema de la democracia y la gobernabilidad a nivel global en un nuevo orden mundial. En su opinión «Gobierno mundial no

es la respuesta. Se necesita con urgencia gobernanza (governance) mundial», y califica como «*undemocratic*» la idea de que una «comunidad de democracias» legitime nuevas soluciones o aproximaciones globales («*new global approaches*»), (p. 242).

- Una tesis de Mahbubani: «Ha llegado el momento de que Occidente considere la posibilidad de que otras naciones y comunidades sean tan capaces, si no más capaces, de manejar los desafíos globales y regionales» (p. 216).

### IKENBERRY Y EL MUNDO MÁS ALLÁ DEL «MOMENTO UNIPOLAR» DE ESTADOS UNIDOS

En su estudio sobre el ascenso de China y el futuro del Oeste publicado en *Foreign Affairs*, John Ikenberry afirma que el ascenso de China es sin duda «uno de los grandes dramas del siglo XXI» (Ikenberry, p. 23). El extraordinario crecimiento económico de China y su diplomacia activa están transformando el Este del Asia «y las décadas futuras verán aún mayor crecimiento del poder y la influencia de China». Sin embargo —expresa el académico de Princeton—, «exactamente cómo se ha de representar este drama es una cuestión abierta». «¿Derrotará China el orden existente o llegará a ser parte del mismo?» y «¿Qué puede hacer Estados Unidos —si algo puede hacer— para mantener su posición en tanto China surge?».

Según este especialista estadounidense, algunos autores sostienen que «la era Americana» está tocando a su fin y el mundo de «orientación occidental» está siendo reemplazado por uno «crecientemente dominado por el oriente». Agrega que quienes mantienen posiciones «realistas» sostienen que China usará su poder para dar una nueva conformación a las instituciones del sistema internacional que sirvan a sus intereses y que el «hegemón» declinante comenzará a ver a China «como una amenaza a su seguridad». El resultado—predicen esos especialistas de tendencia realista—serán «tensiones, desconfianza y conflicto, las características típicas de las transiciones de poder».

Sin embargo, Ikenberry cree que este curso de acción no es inevitable (página 24).

El ascenso de China no tiene por qué gatillar una «transición hegemónica violenta». Una transición Estados Unidos-China puede ser muy diferente de las del pasado, porque China enfrenta un mundo diferente, no solo encara a Estados Unidos sino a un sistema centrado en Occidente, que es abierto, integrado, basado en reglas, «con bases políticas amplias y profundas». Estados Unidos no solo se estableció como una potencia mundial sino que lideró «la creación de instituciones universales». «Hoy, China, puede ganar pleno acceso y crecer vigorosamente dentro de este sistema».

En este contexto, Ikenberry desarrolla algunas afirmaciones y tesis:

- El «momento unipolar» de Estados Unidos, surgido al término de la Guerra Fría, «terminará inevitablemente» (Ikenberry, p. 25);
- Si la lucha definitiva en el siglo XXI es entre China y Estados Unidos, «China tendrá la ventaja»;
- Si la lucha definitiva es entre China y un sistema occidental revitalizado, «triunfará Occidente».

Ikenberry reconoce que China «está en camino de llegar a ser una formidable potencia mundial» (p. 26). Su economía se ha cuadruplicado desde fines de los años setenta, es uno de los mayores centros de manufacturas, ha acumulado masivas reservas externas de más de un billón de dólares al 2006, consume un tercio de la demanda global de hierro, acero y carbón, aumenta su gasto militar a una tasa de 18% anual y su diplomacia se ha extendido no solo en Asia, sino que en África, América Latina y el Medio Oriente.

Citando a académicos como Paul Kennedy y Robert Gilpin, Ikenberry sostiene que «las transiciones de poder son un problema recurrente en las relaciones internacionales», las potencias emergentes quieren «traducir su nuevo poder en mayor autoridad sobre el sistema global». Estos momentos encierran peligros y han generado en el pasado conflictos bélicos, «pero no todas las transiciones de poder generan guerras o destruyen el viejo orden» (Ikenberry, p. 27). Hay distintos tipos de transición del poder y el orden occidental tendría ciertas características que han permitido su longevi-

dad: estar construido alrededor de «normas» y «apertura de mercados»; y la propia «China ha descubierto ya los masivos retornos económicos que pueden obtenerse al operar dentro de un sistema de mercados abiertos» (Ikenberry, p. 29).

El académico de Princeton atribuye mucha importancia al «denso» sistema de reglas e instituciones mundiales y regionales relacionadas con lo «económico, lo político y la seguridad» (Ikenberry, p. 30).

Para nuestro autor, estas características generan «incentivos para que China se integre al sistema liberal internacional», lo que se refuerza por la «nueva interdependencia guiada por la tecnología».

Tendencias convergentes remarían a favor de la integración.

Para Ikenberry:

- «los dirigentes chinos más visionarios» comprenden que la globalización ha cambiado las reglas del juego y que de acuerdo con ello, «China necesita socios fuertes y prósperos en todo el mundo».

- Por otra parte, y como ya lo adelantamos, «el orden occidental» tendría «una notable capacidad de acomodar potencias emergentes».

- El marco de instituciones y normas del sistema ya ha comenzado a facilitar la integración de China. De hecho, dicha nación ya «está haciendo uso de esas instituciones para promover el desarrollo del país en su status de potencia global» (p. 32).

- Asimismo, habría una razón de tipo militar-nuclear: «El hecho de que Estados Unidos, China y otras grandes potencias poseen armamento nuclear también limita la capacidad de una potencia emergente de destruir el orden existente».

- Factores como los anteriores conducen a que Estados Unidos y Europa «deban encontrar lugar en la mesa no solo para China sino también para países como Brasil, India y Sudáfrica» y cita un estudio de Goldman Sachs según el cual las economías de los BRIC (Brasil, Rusia, India y China) combinadas serán, hacia el año 2050, más grandes que las de los originales G-6 (Alemania, Francia, Italia, Japón, Reino Unido y Estados Unidos)» (Ikenberry, p. 35).

## UN DEBATE QUE NOS ACOMPAÑARÁ EN LOS PRÓXIMOS AÑOS

El tema del ascenso del Asia y las repercusiones en el orden mundial y particularmente en Occidente y Estados Unidos, estará presente en el debate durante los próximos años. No es el caso de extraer conclusiones de un tema abierto. Sin embargo, Kishore Mahbubani y John Ikenberry, cada uno desde su punto de vista, proporcionan –como hemos podido apreciar– elementos a considerar.

La verdad es que el «hegemón» seguirá siéndolo en lo militar y nuclear y que Occidente seguirá fuerte en las instituciones internacionales políticas y económicas, pero con presiones cada vez más fuertes para que se allane a los cambios que la realidad –no solo de China– está haciendo patentes y que cobran su precio como se advierte en la dilatación –y eventual fracaso– de la ronda de Doha.

China por su parte se fortalece en todos los atributos de poder –incluso en su significativo gasto militar– y particularmente en su capacidad productiva y económica y de formar redes con otros países del Este y el Sudeste de Asia, a lo que se suma el creciente poderío tecnológico de la India. Enfrentan sí, los desafíos internos propios de la superación de la pobreza en lo que han hecho avances notables, así como en el camino por recorrer. Por lo demás, en lo económico, su imbricación con la economía occidental en un mundo interdependiente es muy fuerte y no puede olvidarse que representa un 62.6% del PIB mundial, que se eleva a 72.7% si se agrega a Japón, concitando la gran mayoría de las más grandes empresas multinacionales que figuran en las listas de «Fortune 500».

La «marcha de Asia a la modernidad», el primer escenario de Mahbubani, es una realidad que bien vale que Occidente tome en serio y con espíritu constructivo, y también hay elementos para presumir que Europa seguirá haciendo uso de «vetos» en algunas reformas a la institucionalidad internacional y adoptando medidas proteccionistas, lo que incluye ingredientes del segundo escenario del cientista político de Singapur.

En cuanto al tercer escenario, «el triunfo de Occidente», que de hecho Mahbubani descarta, tiene en Ikenberry una variante mucho más matizada en la cual se reconoce en toda

su dimensión el crecimiento del Asia y de China –y también de India, Rusia, Brasil, Sudáfrica, y otros–. Por otra parte se insiste en que individualmente considerado Estados Unidos podría ser sobrepasado en su liderazgo, pero no si superado «Occidente» es considerado como los países desarrollados en su conjunto, en la medida en que sea capaz de hacer las reformas que se requieren.

¿Un cuarto escenario? De hecho, sobre la base de los comentarios de Ikenberry se preanuncia otro escenario, sustentado en la capacidad de Occidente de integrar y acomodar al sistema a los nuevos actores asiáticos, lo que requiere de cambios en la institucionalidad y las normas y de voluntad política, tanto de China –y el Asia– como de Estados Unidos, la Unión Europea y Occidente, para crear las condiciones de un cambio evolutivo a partir de lo actual, será necesario diseñar incentivos para que las potencias emergentes prefieran este curso de acción. No es «el triunfo de Occidente», pero tampoco su derrota.

Los distintos escenarios encierran desafíos fuertes y también una promesa.

La promesa es que la transición hacia un orden más pluralista –con fuerte presencia del Asia– parece tener características diferentes de las de otros procesos similares para una interpenetración de las economías, la información y las sociedades que genera una interdependencia o dependencia mutua, que obliga a una vasta trama de intercambios y negociaciones en lo público y en lo privado, en lo nacional, internacional y transnacional (que coexiste con la política más tradicional de la reafirmación de los intereses propios). En ese sentido, por ejemplo, Mahbubani tiene razón cuando da a los TLC –que para algunos está transformando los intercambios comerciales internacionales en un enjambre parecido al de un plato de tallarines– un valor estratégico superior al comercial. Es la apuesta, por ejemplo, de Chile –situación no mencionada por ninguno de nuestros dos autores– que por esa vía obtiene acceso a mercados de gran tamaño en Occidente y en Asia y otras regiones, sin tener que esperar que se consoliden las normas universales que regulan el comercio.

Un desafío para el caso de China y que Mahbubani reconoce aunque en parte justifica, es el del déficit democrático y de libertad de información de China. El autor singapurense

lo reconoce pero también señala que es utilizado por algunos en Occidente para restar legitimidad a las pretensiones de China a un rol mayor en las instituciones mundiales (si bien tiene algo muy fundamental como es el de ser miembro permanente del Consejo de Seguridad, lo que Mahbubani atribuye –con razón– a la visión del entonces Presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, en las postrimerías de la II Guerra Mundial). En todo caso, es claro al señalar que no puede pretenderse un rol de liderazgo internacional sin permitir a su población un acceso a la libertad de información». No hay duda de que estos valores «occidentales» son, en el siglo XXI, derechos universales.

Otros desafíos son muy complejos y encierran más procesos que definiciones tajantes, como lo sería la posición futura de la India en cuando a una definición por una occidentalización tipo Japón o una actitud más reafirmadora de su propia política –y civilización y cultura– como la de China. Sí vale la pena recoger la observación de Mahbubani en el sentido de que India parece fascinar más a Occidente y no inspira temores, lo que le permitiría jugar un rol «de punto de encuentro».

Mahbubani trata solo tangencialmente a América Latina, ubicándola, junto a África y otras regiones en desarrollo como afectados o perjudicados por sus contactos con Occidente. Geográficamente, América Latina forma parte del mundo occidental, sin embargo en su ensayo, el autor singapurense expresa que se referirá a ese concepto en la acepción de países desarrollados como Estados Unidos y Europa, y Estados anglosajones como Australia, Canadá y Nueva Zelanda, que conformarían un «compacto implícito» en «políticas globales» (p. 3).

Con todo, el mismo autor se refiere en términos positivos al Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) como un ejemplo de asociación este-oeste que está despegando, a pesar de que esta sería difícil de crear «debido a las diferencias culturales» (Mahbubani, p. 264).

En el APEC confluyen economías asiáticas, de Oceanía, América del Norte y latinoamericanas como México, Chile y Perú, además de Rusia y ha probado ser un foro fructífero en términos de cooperación entre sus miembros. En el caso de Chile, en nuestra opinión, la interacción con países del

este y sudeste de Asia en el APEC ha servido de germen para un mayor conocimiento mutuo y para acuerdos comerciales y de cooperación.

Lugares de encuentro y factores políticos, económicos y culturales: dada la apertura chilena al Asia, su vinculación estrecha con las grandes potencias y conglomerados occidentales y su ya mencionada participación en APEC, el debate de estas ideas no nos debe ser ajeno sino propio. Chile, al igual que países pequeños del sudeste de Asia como Singapur, que tienen prestigio como actores insertos en la globalización, pueden jugar un rol importante en el análisis y difusión de las ideas y como lugares de encuentro de los sectores público, privado y académico, tanto del Asia como de América Latina y países desarrollados occidentales.

Finalmente y como surge de estos apuntes, la forma y amplitud del tratamiento del tema no es irrelevante para examinar las relaciones –y niveles de competencia– entre Asia y Occidente en el futuro próximo. En efecto, estos vínculos y materias requieren ser abordados en una perspectiva amplia, que incluya las variables políticas, económicas, y también culturales, en interacción.

Todas ellas inciden directamente en el comportamiento de los principales actores.

*Raúl Allard N.*